

arrollados y desarmados. Asegúrase que se oyó gritar: «¡Salve cada cual su pellejo (1)!» Partieron siete u ocho tiros seguidos de otros tiros separados. Fuese por exasperación, fuese por pánico, la mayor parte de los soldados tiraron varias veces. Hubo catorce muertos, unos veinte heridos, y en los anales del segundo imperio la catástrofe de Aubin fué tan famosa como la de Ricamarie (2).

Desdeñosos de la Constitución, los enemigos del imperio la estudiaban atentamente. Su trabajo no fué estéril, por cuanto descubrieron en ella un texto que les pareció á propósito para legitimar la agitación. La ley fundamental de 1852, en su artículo 46, obligaba al gobierno, en caso de disolución del Cuerpo legislativo, á convocar la nueva asamblea en el plazo de seis meses. Como el decreto de disolución databa del 23 de abril, el último plazo para la reunión de los diputados era el 26 de octubre, y se acercaba este día. Si el poder ejecutivo dejaba transcurrir esta fecha sin cumplir con dicho artículo de la ley, los representantes del pueblo tendrían derecho á reunirse por su propia iniciativa y á inaugurar por sí mismos el ejercicio de su mandato.

La teoría fué explanada por primera vez por un diputado de Finisterre, el Sr. de Kératry, en una carta al periódico *Le Temps*. Desde luego la tesis pareció poco sostenible. Los que de antemano denunciaban la violación de la ley se olvidaban de que el Cuerpo legislativo había sido convocado el 28 de junio. Sin duda la legislatura había tenido el carácter de extraordinaria y había sido interrumpida de una manera tan brusca como lamentable; pero no era posible tenerla por nula, puesto que había tenido por resultado el constituir los poderes de los electos. El llamamiento del Sr. de Kératry encontró poco eco. Las únicas adhesiones fueron la del viejo Raspail, la del Sr. Girault (del Cher) y la del Sr. Marión (del Isere): «Entre cuatro, decía satíricamente el *Diario de los Debates*, se puede jugar una partida de *whist*, pero no se hace una revolución (3).»

Estas voces debilitadas ó desconocidas se absorbieron pronto en una voz más potente. Gambetta se hallaba entonces en Suiza. En 1.º de octubre escribió de Montreux al *Avenir national* para asociarse á la protesta. Tribuno en sus cartas como en sus discursos, saludaba el sufragio universal, «ese maestro de maestros, tenido en jaque desde hacía demasiado tiempo por el poder ejecutivo, que no era más que su percedera hechura.» «Hay que acabar, añadía, con las incalificables resistencias,» y terminaba con la promesa de presentarse el 26 de octubre en el sitio ordinario de las sesiones. En esto se publicó el decreto de convocatoria. La fecha señalada por el gobierno era el 29 de noviembre. Tan excesivo retraso pareció una fanfarronada. «Que los diputados de la izquierda cumplan con su deber, decía *Le Rappel*. Partirán cuarenta de la plaza de la Bastilla, y serán cien mil en la plaza de la Concordia (4).» Du-

(1) Declaración del soldado Teulié (proceso de las minas de Aubin).

(2) Proceso de las minas de Aubin (*Tribunal de Villefranche, audiencias de los días 8 y 9 de noviembre de 1869*). — Véase también el *Journal officiel* de 17 de octubre de 1869.

(3) *Journal des Débats*, 2 de octubre de 1869.

(4) *Le Rappel*, 6 de octubre de 1869.

rante algunos días, la animación de las palabras pareció á ciertas personas presagio de insurrección. ¿Qué iba á pasar el 26 de octubre? Tal era la pregunta que los políticos se hacían con alguna inquietud.

«Tenemos actualmente, escribía Prevost-Paradol, dos gobiernos que se absorben ínterin llega la lucha: el gobierno imperial que se halla en Saint-Cloud ó en Compiègne, y el gobierno republicano que reside en todas partes y en ninguna.» Los partidarios del imperio autoritario, lejos de temer una jornada, la deseaban ardientemente. Por esto excitaban á los revolucionarios, tachándolos de cobardes y retándolos. ¿Podían dudar de que, al día siguiente de una sedición vencida, verían volver hacia ellos al soberano desengañado?

Los burgueses hacían mal en temer, y los autoritarios en esperar. Aquella época fué la de las violencias débiles, de las parodias de la revolución: la misma revolución era superior á los ánimos. Toda la izquierda parlamentaria repudió todo proyecto de salir á la calle. «Provocando un nuevo 13 de junio, decía, se provocará un nuevo 2 de diciembre.» Los *irreconciliables*, que no ignoraban que París estaba lleno de tropas, se alegraban de poder apoyarse en ese abandono. En términos voluntariamente vagos empezaron á hablar de *resoluciones colectivas*. *Le Rappel* preparó la retirada proclamando sentenciosamente que «la energía había de revestirse de prudencia.» Víctor Hugo escribió para desaconsejar la acción. A decir verdad, la retirada se operó en medio de un raudal de palabras furibundas. La izquierda, en un solemne manifiesto, acusó al gobierno «de haber hollado las reglas constitucionales.» Por su parte los demagogos y los socialistas la emprendieron contra los diputados de la izquierda, sin exceptuar siquiera á Bancel, que «no era más que una lira,» ni á Gambetta, que, á intervalos, era sospechoso de sensatez.

Así llegó el 26 de octubre, día famoso por todas las cosas que en él habían de verse y que no se vieron. La prefectura de policía hizo pegar en las esquinas la ley sobre los grupos tumultuosos, precaución inútil y hasta desacertada, pues de este modo se recordaba lo que muchos habían olvidado. Todo ayudó á la tranquilidad pública, todo, hasta una copiosa lluvia que duró toda la mañana. Hacía la una, despejóse el cielo, y los curiosos se aventuraron por el barro líquido de la plaza de la Concordia. Un excéntrico llamado Gagne se puso á leer versos, en medio de un pequeño grupo que la policía benévola desdeñó de dispersar.

A cosa de las tres, el emperador se dejó ver y fué aclamado. La noche no tardó en caer sobre la ciudad tranquila, y todo el mundo se felicitó: los demagogos de haber sido tan sensatos, y los imperialistas de que sus enemigos no se hubiesen atrevido á dar la batalla.

«Los *chassepots* estaban dispuestos aunque bien ocultos,» escribía Merimée hablando de la jornada de 26 de octubre. Los que temían á los *chassepots* tuvieron pronto ocasión de mostrarse facciosos sin peligro. Como cuatro de los diputados electos por París habían optado por otras circunscripciones que también los habían elegido, había cuatro puestos legislativos vacantes en la capital. Un decreto convocó á los electores para los días 21 y 22 de noviembre.

Para estos cuatro puestos surgieron en seguida unas

treinta candidaturas. Fué una prodigiosa emulación de apasionadas concupiscencias, de retórica huera y de violentas necesidades. Todo lo que no cupo en los manifiestos se expuso en las reuniones. Aparecieron Cantagrel y Alfonso Gent, derrotados en las últimas elecciones generales. Desde la cárcel de Santa Pelagia, Carlos Lullier se presentó candidato en la tercera circunscripción, invocando «la sombra y los recuerdos de Dantón.» Al lado de los que descontaban el triunfo, hubo los que de antemano pronosticaban su propia derrota. Tal fué el socialista Tony Moilin. «Ignorantes y crédulos como sois, decía á sus electores, vais á dejaros engañar por pretendidos irreconciliables que no desean más que reconciliarse con el Imperio liberal y ser ministros de Napoleón III ó de Napoleón IV.» Delescluze proponía las candidaturas injuramentadas de los antiguos jefes de la república radical, como Ledru-Rollin, que se encontraba en Londres, y Barbés, que se hallaba en La Haya. Mientras tanto, en la primera circunscripción, se había buscado un candidato que representase mejor que Bancel, mejor que Ferry y mejor que Gambetta la hostilidad al Imperio, y se había pensado en Rochefort. En las elecciones generales, éste había seguido de cerca á Julio Favre en el número de votos obtenidos y esperábase que en las elecciones del 22 de noviembre sería el adversario afortunado de Carnot.

Rochefort estaba desterrado en Bruselas. Un redactor del *Rappel*, llamado Albiot, recibió el encargo de llevarle la comunicación del deseo popular y de hacerle venir con él. El autor de *La Linterna* había sido condenado por golpes voluntarios (1), condena que la amnistía no había borrado. Al llegar, en 5 de noviembre, con su compañero á la aduana francesa de Feignies, el comisario de vigilancia lo mantuvo en arresto provisional y provocó los órdenes del prefecto del Norte. Este consultó al ministro y el ministro consultó al emperador. La decisión del soberano fué que dejasen pasar al libelista. Aquella noche se celebraba una reunión pública en el *Gran Salón* de la Chapelle, constituyendo la mesa los señores Miliere, Vermorel y Lissagaray, nombres desconocidos entonces, pero que pronto habían de adquirir fama. Durante la sesión llegó no el que esperaban, sino Albiot solamente, el cual había podido continuar su camino y contó la detención de su compañero de viaje. A esta noticia los asistentes á la reunión se exaltaron y opinaron que todas las candidaturas debían retirarse ante la del hombre perseguido. En presencia de aquella especie de intimación, Julio Vallés, Cantagrel y el mismo Laurier, aunque con pesar, consumaron el sacrificio. Desde aquel momento, en la lucha electoral de París el nombre de Rochefort dominó hasta el punto de hacer olvidar á los demás. Su arresto no había sido largo. En la noche siguiente era esperado en una reunión pública que se celebraba en la calle de Doudeauville. Su llegada dió lugar á manifestaciones de verdadera idolatría. Cada palabra que salió de sus labios fué interrumpida por frenéticos aplausos; de la calle de Doudeauville fueron triunfalmente á la calle de Crimea, pues era necesario exhibir por todas partes al que acababan de recobrar.

(1) Véase la *Gazette des Tribunaux*, de 23 de agosto de 1868.

Los ídolos no necesitan ser elocuentes, pero con la condición de no prodigarse mucho. Rochefort, tan espontáneo y chispeante con la pluma en la mano, experimentaba, como ha confesado él mismo, el vértigo de las muchedumbres. El primer día, sus palabras entrecortadas y sin ilación se perdieron en las obstinadas ovaciones. El segundo día, sus incoherencias se atribuyeron á la fatiga y á la emoción. El tercer día, como repitiese con la misma voz ronca las mismas protestas, los escépticos pidieron que el discurso único variase. El nuevo favorito de los arrabales desempeñaba, por lo demás, un singular papel. Resignábase al juramento, pero se asimilaba, ó se dejaba asimilar á los injuramentados. Delescluze, siempre receloso, no dejó de hacer ver esta casuística. «Si tan alegremente prestas un falso juramento al poder, escribía en el *Réveil*, ¿cómo hemos de creer en la sinceridad de las promesas que haces al pueblo?» Una prudente ausencia evitó la declinación de aquel ruidoso favor popular. El 10 de noviembre, en el bulevar de la Chapelle, esperóse en vano á Rochefort. Luego se supo que había salido para Inglaterra y Holanda, con una misión, se dijo, cerca de Ledru-Rollin y de Barbés. De este modo, el autor de *La Linterna* se halló dispensado de nuevas palabras facciosas. Bien que era faccioso con una restricción extraña, pues la justicia le tenía cogido en virtud de una orden de arresto cuya ejecución tenía en suspenso la indulgencia imperial. ¡Epoca singular en que todo era parodia! Se había proyectado un motín y éste se convertía en la jornada del 26 de octubre; forjábanse en los clubs llamamientos á la insurrección, pero bajo la vigilancia de la policía, y Rochefort hacía de revolucionario, pero con permiso de las autoridades.

¿Qué más diremos? Los resultados del escrutinio fueron menos locos de lo que hacía suponer el desenfreno de las palabras. Otra vez el sufragio universal elevó á republicanos burgueses: Manuel Arago, Crémieux y Glais-Bizoin fueron los nuevos diputados. Sin embargo, se destacaba de entre ellos Rochefort, elegido por 17.900 votos. En el ánimo de la población parisiense, este nombre significaba el ultraje personal contra el emperador, y el público olvidó todas las demás elecciones para no fijarse más que en ésta.

XIII

En medio de aquellas lastimosas escenas, dominaba en el país el deseo de escapar al régimen de transición y encontrar en un gobierno homogéneo una orientación bien determinada. Napoleón se ocupaba en la formación de este gobierno, pero con vacilaciones y rodeos propios para retrasar ó complicar la solución.

El hombre político más en evidencia era Emilio Ollivier. El emperador tenía puestos en él sus ojos, con una curiosa mezcla de temor y simpatía. Sentíase muy inclinado hacia este personaje, y estaba persuadido de que tarde ó temprano tendría que acogerlo; sin embargo, temía elevarlo á un puesto demasiado preeminente; le asustaba el escándalo de semejante novedad y hubiera deseado utilizar sus servicios sin entregarse enteramente á él. Entretanto, el soberano había acreditado como publicista oficioso á Clemente Duvernois, que se le acercaba con frecuencia á recibir inspiraciones y ha-

bía sabido conquistar su favor, si no su estimación entera. Pues bien, el redactor en jefe del *Pueblo francés* era antiguo amigo del ex diputado de la izquierda y mantenía con él relaciones cordiales, aunque no muy estrechas. Clemente Duvernois sería el intermediario útil por medio del cual el emperador sondearía las intenciones de Ollivier y observaría la medida de sus ambiciones. Emilio Ollivier, por su parte, aprovecharía gustoso la ocasión de una correspondencia que se elevaría hasta el monarca. El más contento sería el periodista, encantado de su papel de confidente y esperando de llevar adelante su fortuna á través de la fortuna que representaba al emperador como su íntimo amigo. A principios de octubre, entre Clemente Duvernois y Emilio Ollivier, que se hallaba entonces en Provenza, empezaron comunicaciones que habían de conducir al gabinete imperial. En una carta fechada en Saint-Tropez, el diputado del Var expuso todo su programa. Respecto al exterior, se pronunciaba terminantemente por la paz, y observaba con mucha sensatez que «había pasado irrevocablemente el momento de detener á Prusia.» Respecto al interior, reclamaba la abrogación de la ley de seguridad general y del artículo 75 de la Constitución del año VIII; estimaba imposible, en principio al menos, el mantenimiento de las candidaturas oficiales; además, y sin conceder á los municipios la elección de sus alcaldes, se pronunciaba en favor de una amplia extensión de las libertades comunales. En cuanto á las personas, formulaba un juicio no menos preciso: «No creo, decía, poder ser útil al emperador, uniéndome con Rother en el ministerio; más adelante quizá sea de desear; hoy sería un desastre para ambos.» La idea de aceptar una cartera en el gabinete de transición y de entrar en él para rejuvenecerlo era igualmente repudiada. En las líneas que seguían se revelaba de un modo muy claro la resolución de no aceptar ningún papel, á no ser el de director. «Si el emperador cree que debe emplearme, que lo haga sacando de mí todo el provecho posible; que me encargue, por medio de una nota inserta en el *Monitor*, de formar un ministerio.» Marcado así su puesto, Emilio Ollivier se ingeniaba en atenuar la impresión que semejante lenguaje produciría: en el ministerio que él formase, conservaría algunos de los actuales ministros, como Magne, Chasseloup y el mismo Forcade, con la condición de que no siguiese en el departamento del Interior; en cuanto á las demás carteras, las repartiría entre los 116; pero no tenía compromisos con nadie; se las arreglaría de modo que no lastimase los sentimientos del emperador. Al terminar estipulaba que le autorizasen para disolver el Cuerpo legislativo, pero solamente en caso de extrema necesidad, y añadía con juvenil confianza y con un entusiasmo muy meridional: «En estas condiciones, estoy dispuesto á asumir la responsabilidad de la lucha y á combatir cuerpo á cuerpo con la revolución como ministro (1).»

Comunicada al príncipe, esta carta no dejaría de suscitar graves objeciones. El que la había escrito era gran orador, dotado de brillantes cualidades, y, lo que valía más todavía, era perfectamente íntegro. Pero no había hecho, en el desempeño de ningún cargo de primer orden, el aprendizaje práctico de los negocios públicos,

(1) Véase *Papiers des Tuileries*, tomo I, págs 257-261.

y los mismos usos parlamentarios no autorizaban que un hombre fuese de sopetón elevado al primer puesto. El emperador comprendía cuáles serían las repugnancias de las personas que le rodeaban, la envidia de sus servidores, las críticas de sus mejores amigos. Y sin embargo aquel programa tan resuelto tenía fuertemente impresionado su espíritu. Aquel lenguaje contrastaba de un modo singular con el tono habitual de los funcionarios y de los cortesanos. En aquella altiva osadía que, lejos de insinuarse, ponía resueltamente sus condiciones, se podía ver la señal de una gran presunción, pero también se podía ver la marca de una grande y poderosa fuerza que aspiraba á emplearse en el servicio del país. La correspondencia continuó. Discutiéronse algunos nombres. Buscóse la hora más favorable para la constitución de un ministerio: Clemente Duvernois daba prisa: Ollivier, en aquel momento, juzgaba más prudente esperar la vuelta de las Cámaras. Finalmente, el diputado por el Var llegó de Saint-Tropez y fué recibido por el emperador, que se encontraba en Compiègne.

La entrevista tuvo efecto el 31 de octubre por la noche. A fin de evitar las indiscreciones de la prensa y los comentarios de los cortesanos, fué rodeado del mayor secreto. Ollivier partió de París á la caída de la tarde y bajo una especie de disfraz, pues se había quitado los anteojos y se había puesto una bufanda que le ocultaba parte del rostro. En la estación de Compiègne fué recibido por el Sr. Pietri, que lo acompañó hasta palacio y, por una puerta secreta, lo introdujo en el gabinete del soberano. Entre éste y el diputado la entrevista fué larga, familiar, casi amistosa. Ollivier no se mostró insensible á las atenciones del príncipe, que tan bien sabía ganar voluntades con su bondad sencilla, con su benevolencia y también con su buen criterio; porque, ¡cosa extraña!, su lenguaje era á menudo muy juicioso aun cuando no lo fuesen sus resoluciones. Al emperador, por su parte, le gustó cada vez más aquel antiguo adversario que se le acercaba lealmente y le hablaba sin lisonja, aunque siempre con respeto. Aunque no sintieron mucho sobre las ideas generales, no llegaron á un acuerdo. El emperador se inclinaba á guardar los principales elementos del ministerio Forcade y estaba persuadido de que, para reanimarlo, bastaría renovarlo introduciendo en él á Emilio Ollivier y algunos de sus amigos. Emilio Ollivier rechazaba este arreglo como *remiendo*: no quería sumarse al ministerio existente, sino formar un gabinete nuevo, sin perjuicio de admitir en su combinación algunos miembros del consejo. Pocos días después de la audiencia imperial, el 5 de noviembre, escribió á su confidente ordinario, Sr. Duvernois: «*Non possumus*. Cuanto más reflexiono, más vacilo. Admitir ministros antiguos en un gabinete formado por mí sería una prueba de conciliación y de amplitud de espíritu; anexionarme á ellos sería una prueba de debilidad ó de miserable ambición.» Y añadía: «Me vuelvo á Saint-Tropez.»

Clemente Duvernois ardía demasiado en deseos de hacer carrera para no reanudar pronto el hilo de las negociaciones. Con prudente destreza aplicóse á apartar los obstáculos y á disipar las malas inteligencias. Respondió de su amigo. «Ollivier, escribió en 8 de noviembre al emperador, es de la escuela del Sr. Guizot. No admite en manera alguna que el emperador deba

desempeñar un papel desairado ni que el trono sea un sillón vacío.» Y añade con un aumento de insinuante habilidad: «Su adhesión (un poco tierna) á Vuestra Majestad le fortalece todavía en su convicción.» Se ingenia en presentar bajo una forma suave las peticiones formuladas en la entrevista de Compiègne: «Lo que Ollivier quiere hacer constar es que no se *introduce subrepticamente* en el antiguo gabinete, sino que forma parte de un gabinete nuevo en que se admiten elementos antiguos.» No duda que el Sr. de Forcade sea aceptado, sobre todo si el Sr. de Forcade consiente en tomarlo á él, Duvernois, como subsecretario de Estado. Habiéndose así propuesto, teme haberse adelantado demasiado y vuelve á mostrarse modesto hasta la humildad: «No soy más que una rama oscura del gran árbol, dice al final de su carta: que el árbol prospere es todo lo que necesito.»

Las negociaciones se reanudaron en efecto, y con tanta actividad que no parecen haber sido interrumpidas. «Me vuelvo á Saint-Tropez,» había dicho Emilio Ollivier. Partió, en efecto, pero algunos días después, y regresó casi en seguida. Una carta del emperador parece haber producido en él una grande impresión. En 11 de noviembre escribió á Clemente Duvernois: «La carta del emperador es tan confiada, tan noble, que triunfa de mis escrúpulos. Estoy resuelto y sigo adelante. Dios bendiga nuestras armas.» Aunque muy subyugado por la elevación de miras y la amabilidad del príncipe, el antiguo diputado de la izquierda volvía siempre á su programa, cuyos puntos principales quería mantener. Como hombre que no quería insinuarse en el poder, sino entrar en él por la puerta grande, escribió en 12 de noviembre á Napoleón: «Vuestro senadoconsulto ha sido una transformación en las cosas; es preciso que mi subida al poder sea una transformación en las personas.» Espontáneamente ó por orden, Clemente Duvernois, pocos días antes, había orientado resueltamente el periódico *El Pueblo francés* en el sentido de la política de resistencia. Había desaprobado todo proyecto de cambio en el personal administrativo, se había alzado contra los excesos de la prensa y había añadido: «El poder debe hoy pedir sus inspiraciones, no á la historia del Sr. de Martignac, sino á la de Casimiro Perier (1).» Celoso de su pasado liberal, Emilio Ollivier no vacila en combatir este lenguaje como excesivo. Juzga que á Forcade se le puede conservar en el nuevo ministerio, pero con la condición de mantenerlo alejado de la lucha; lo quisiera en la presidencia del Consejo de Estado. Insiste en la conveniencia de rejuvenecer el personal é indica algunos jóvenes á quienes propone de antemano para determinados cargos. En los días siguientes discútese de nuevo varios nombres, tales como Buffet, Darú, Segris, Talhouët, Mége, Pietri y Chasseloup-Laubat. Al parecer, estos proyectos no encontraron desde luego grandes resistencias, pues en 15 de noviembre el Sr. Conti, que reflejaba sin duda los pensamientos de Napoleón, escribía á Duvernois: «La conducta de Emilio Ollivier es de un hombre de corazón y de un hombre de Estado.» Pero el emperador meditaba lentamente sus designios. Sin dejar de convenir en que la incertidumbre no po-

(1) Véase *Le Peuple français*, 5 y 7 de noviembre de 1869.

día prolongarse, no se atrevía á pronunciar la palabra definitiva, á dar el gran paso. El 13 ó el 14 de noviembre, Ollivier escribía desde Saint-Tropez al Sr. Duvernois: «Os espero el miércoles á las diez. Traedme las últimas impresiones del emperador á fin de poner yo manos á la obra resueltamente y de que todo sea terminado en cuarenta y ocho horas.» A última hora, sin duda, reaparecieron las objeciones; la combinación definitiva fué dejada en suspenso, y el *Diario oficial* publicó una nota para desmentir los rumores de cambios ministeriales (2).

Mientras tanto, casi todos los diputados habían vuelto á París. El 29 de noviembre, Napoleón III inaugu-



De Talhouët

ró la reanudación de la legislatura extraordinaria interrumpida en el mes de julio. De su discurso se destacó una frase que resumió, en forma á la vez viril y generosa, la política imperial. «Francia, decía el emperador, quiere la libertad, pero con el orden. Del orden yo respondo. Ayudadme vosotros á fundar la libertad.» Las sesiones se abrieron bajo la impresión de estas palabras. Pero ¿qué importaba la orden del día? El único cuidado consistía en interpretar las declaraciones oficiales ó los discursos de los diputados *ministrables*. Toda la animación se concentraba en los pasillos donde circulaban las listas y se propalaban los rumores de palacio. En estas conversaciones se reflejaban las disposiciones de los tres grupos que se dividían la Cámara: la derecha, el centro izquierdo y el centro derecho.

En la derecha dominaba un sentimiento general á través de las dudas y de los disgustos, el sentimiento de la sumisión. Sólo algunos osarían mostrarse hasta el fin refractarios á las direcciones imperiales. Los demás, más bien por respeto á la autoridad que por servilismo, preferirían, ante la manifiesta voluntad del soberano, sacrificar su opinión á dar ejemplo de indisciplina. Cualquiera que fuese su resolución de acabar por la obediencia, los diputados de este grupo no llevaban

(2) *Journal officiel*, 20 de noviembre de 1869.